

EL GRAN DRAGÓN ROJO Y LA MUJER VESTIDA DE SOL

— REVISTA DE DIVULGACION LITERARIA —

EDITORES RESPONSABLES:

Alejandro Schmidt
Normand Argarate

Dirección Editorial:

Hipólito Irigoyen 43
Villa María — C.P. 5900 —
Prov. de Córdoba
Rep. Argentina

COLABORARON EN ESTE NUMERO:

Luis Cernuda
Maurice Maeterlinck
Julio Cortázar
Jaime Rest
Enrique L. Revol
Dino Buzzati
María Elena Boglio
Sergio Stocchero
Pablo Montanaro
Oscar Guiñazú Álvarez
Juan A. Fiorani
Tou Pep-chiun

Villa María, Mayo de 1989.

Año 3 — Número 8



QUISIERA ESTAR SOLO EN EL SUR

Quizá mis lentos ojos no verán más el sur
De ligeros paisajes dormidos en el aire,
Con cuerpos a la sombra de ramas como flores
O huyendo en un galope de caballos furiosos.

El sur es un desierto que llora mientras canta,
Y esa voz no se extingue como pájaro muerto;
Hacia el mar encamina sus descos amargos
Abriendo un eco débil que vive lentamente.

En el sur tan distante quiero estar confundido.
La lluvia allí no es más que una rosa entreabierta;
Su niebla misma ríe, risa blanca en el viento.
Su oscuridad, su luz son bellezas iguales.

LUIS CERNUDA

Extraído de "La realidad y el deseo" (1924-1962) Fondo de Cultura Económica - 1965.





Literatura Argentina Contemporánea

Cortázar

Julio Cortázar, narrador, poeta y ensayista argentino, intensamente comprometido por la lucha de los Derechos Humanos en Latinoamérica, destinó este cuento (del cual creamos realizar la primera reproducción en el país) para una antología de cuentos y relatos que la Comisión de Derechos Humanos de la Argentina (CADHU) tenía previsto publicar. Finalmente fue editado por primera vez en Madrid por Cuadernos del Sur, durante el año 1984.



Esperar, lo decían todos, hay que esperar porque nunca se sabe en casos así, también el doctor Raimondi, hay que esperar, a veces se da una reacción pero ya van dos semanas y no se despierta, dos semanas que está como muerta, doctor, ya lo sé, señora Luisa, es un estado de coma clásico, no se puede hacer más que esperar. Lauro también esperaba, cada vez que volvía de la facultad se quedaba un momento en la calle antes de abrir la puerta, pensaba hoy sí, hoy la voy a encontrar despierta, habrá abierto los ojos y le estará hablando a mamá, no puede ser que dure tanto, no puede ser que se vaya a morir a los veinte años, seguro que está sentada en la cama y hablando con mamá, pero había que seguir esperando, siempre igual m'hijito, el doctor va a volver a la tarde, todos dicen que no se puede hacer nada. Venga a comer algo, amigo, su madre se va a quedar con Mecha, usted tiene que alimentarse, no se olvide los exámenes, de paso vemos el noticioso. Pero todo era de paso allí donde lo único que duraba sin cambio, lo único exactamente igual día tras día era Mecha, el peso del cuerpo de Mecha en esa cama, Mecha flaquita y liviana, bailarina de rock y tenista, ahí aplastada y aplastando a todos desde hacía semanas, un proceso viral complejo, estado comatoso, señor Botto, imposible pronosticar, señora Luisa, nomás que sostenerla y darle todas las chances, a esa edad hay tanta fuerza, tanto deseo de vivir. Pero es que ella no puede ayudar, doctor, no comprende nada, está como, ah perdón Dios mío, ya ni sé lo que digo.

Lauro tampoco lo creía del todo, era como un chiste de Mecha que siempre le había hecho los peores chistes, vestida de fantasma en la escalera, escondiéndole un plumero en el fondo de la cama, riéndose tanto los dos, inventándose trampas, jugando a seguir siendo chicos. Proceso viral complejo, y

brusco apagón una tarde después de la fiebre y los dolores, de golpe el silencio, la piel, centicenta la respiración lejana y tranquila.

Única cosa tranquila allí donde médicos y aparatos y análisis y consultas hasta que poco a poco la mala broma de Mecha había sido más fuerte, dominándolos a todos de hora en hora, los gritos desesperados de doña Luisa cediendo después a un llanto casi escondido, a una angustia de cocina y de cuarto de baño, las imprecaciones paternas divididas por la hora de los noticiosos y el vistazo al diario, la incrédula rabia de Lauro interrumpida por los viajes a la facultad, las clases, las reuniones, esa bocanada de esperanza cada vez que volvía del centro, me la vas a pagar, Mecha, esas cosas no se hacen, desgraciada, te la voy a cobrar, vas a ver. La única tranquila aparte de la enfermera tejendo, al perro lo habían mandado a casa de un tío, el doctor Raimondi ya no venía con los colegas, pasaba al anochecer y casi no se quedaba, también él parecía sentir el peso del cuerpo de Mecha que los aplastaba un poco más cada día, los acostumbraba a esperar, a lo único que podía hacerse.

Lo de la pesadilla empezó la misma tarde en que doña Luisa no encontraba el termómetro y la enfermera, sorprendida, se fue a buscar otro a la farmacia de la esquina. Estaban hablando de eso porque un termómetro no se pierde así nomás cuando se lo está utilizando tres veces al día, se acostumbraban a hablarse en voz alta al lado de la cama de Mecha, los susurros del comienzo no tenían razón de ser porque Mecha era incapaz de escuchar, el doctor Raimondi estaba seguro de que el estado de coma la aislaba de toda sensibilidad, se podía decir cualquier cosa sin que nada cambiara en la expresión indiferente de Mecha. Todavía hablaban del termómetro cuando se oyeron los tiros en la esquina, a lo mejor más lejos, por el lado de Gaona. Se miraron, la enfermera se encogió de hombros porque

los tiros no eran una novedad en el barrio ni en ninguna parte, y doña Luisa iba a decir algo más sobre el termómetro cuando vieron pasar el temblor por las manos de Mecha. Duró un segundo pero las dos se dieron cuenta y doña Luisa gritó y la enfermera le tapó la boca, el señor Botto vino de la sala y los tres vieron cómo el temblor se repetía en todo el cuerpo de Mecha, una rápida serpiente corriendo del cuello hasta los pies, un moverse de los ojos bajo los párpados, la leve crispación que alteraba las facciones, como una voluntad de hablar, de quejarse, el pulso más rápido, el lento regreso a la inmovilidad. Teléfono, Raimondi, en el fondo nada nuevo, acaso un poco más de esperanza aunque Raimondi no quiso decirlo, santa virgen, que sea cierto, que se despierte mi hija, que se termine este calvario, Dios mío. Pero no se terminaba, volvió a empezar una hora más tarde, después más seguido, era como si Mecha estuviera soñando y que su sueño fuera penoso y desesperante, la pesadilla volviendo y volviendo sin que pudiera rechazarla, estar a su lado y mirarla y hablarle sin que nada de lo de fuera le llegara, invadida por esa otra cosa que de alguna manera continuaba la larga pesadilla de todos ellos ahí sin comunicación posible, sálvala, Dios mío, no la dejes así, y Lauro que volvía de una clase y se quedaba también al lado de la cama, una mano en el hombro de su madre que rezaba.

Por la noche hubo otra consulta, trajeron un nuevo aparato con ventosas y electrodos que se fijaban en la cabeza y las piernas, dos médicos amigos de Raimondi discutieron largo en la sala, habrá que seguir esperando, señor Botto, el cuadro no ha cambiado, sería imprudente pensar en un síntoma favorable. Pero es que está soñando, doctor, tiene pesadillas, usted mismo la vio, va a volver a empezar, ella siente algo y sufre tanto, doctor. Todo es vegetativo, señora Luisa, no hay conciencia, le aseguro, hay que esperar y no impresionarse por eso, su hijo no sufre, ya sé que es penoso, va a ser mejor que la deje sola con la enfermera hasta que haya una evolución, trate de descansar, señora, tome las pastillas que le di.

Lauro veló junto a Mecha hasta medianoche, de a ratos leyendo apuntes para los exámenes. Cuando se oyeron las sirenas pensó que hubiera tenido que telefonar al número que le había dado Lucero, pero no debía hacerlo desde la casa y no era cuestión de salir a la calle justo después de las sirenas. Veía moverse lentamente los dedos de la mano izquierda de Mecha, otra vez los ojos parecían girar bajo los párpados. La enfermera le aconsejó que se fuera de la pieza, no había nada que hacer, solamente esperar. "Pero es que está soñando", dijo Lauro, "está soñando otra vez, mírela". Duraba como las sirenas ahí afuera, las manos parecían buscar algo, los dedos tratando de encontrar un asidero en la sábana. Ahora doña Luisa estaba ahí de nuevo, no podía dormir. ¿Por qué - la enfermera casi enojada - no había tomado las pastillas del doctor Raimondi? "No las encuentro", dijo doña Luisa como perdida, "estaban en la mesa de luz pero no las encuentro". La enfermera fue a buscarlas, Lauro y su madre se miraron, Mecha movía apenas los dedos y ellos sentían que la pesadilla seguía ahí, que se prolongaba interminablemente como negándose a alcanzar ese punto en que una especie de piedad, de lástima final la despertaría como a todos para rescatarla del espanto. Pero seguía soñando, de un momento a otro los dedos empezaban a moverse otra vez. "No las veo por ninguna parte, señora", dijo la enfermera. "Estamos todos tan perdidos, uno ya no sabe adónde van a parar las cosas en esta casa".

Lauro volvió tarde la noche siguiente, y el señor Botto le hizo una pregunta casi evasiva sin dejar de mirar el televisor, en pleno comentario de la Copa. "Una reunión con amigos", dijo Lauro buscando con qué hacerse un sándwich. "Ese gol fue una belleza",

dijo el señor Botto, "menos mal que retransmiten el partido para ver mejor esas jugadas campeonas". Lauro no parecía interesado en el gol, comía mirando el suelo. "Vos sabrás lo que hacés, muchacho", dijo el señor Botto sin sacar los ojos de la pelota, "pero andate con cuidado". Lauro alzó la vista y lo miró casi sorprendido, primera vez que su padre se dejaba ir a un comentario tan personal. "No se haga problema, viejo", le dijo levantándose para cortar todo diálogo.

La enfermera había bajado la luz del velador y apenas se veía a Mecha. En el sofá, doña Luisa se quitó las manos de la cara y Lauro la besó en la frente.

-Sigue lo mismo- dijo doña Luisa.-Sigue todo el tiempo así, hijo. Fíjate, fíjate cómo le tiembla la boca, pobrecita, qué estará viendo, Dios mío, cómo puede ser que esto dure y dure, que esto....

-Mamá.

-Pero es que no puede ser, Lauro, nadie se da cuenta como yo, nadie comprende que está todo el tiempo con una pesadilla y que no se despierta...

-Yo lo sé, mamá, yo también me doy cuenta. Si se pudiera hacer algo Raimondi lo habría hecho. Vos no la podés ayudar quedándose aquí, tenés que irte a dormir, tomar un calmante y dormir.

Le ayudó a levantarse y la acompañó hasta la puerta. "¿Qué fue eso, Lauro?", deteniéndose bruscamente. "Nada, mamá, unos tiros lejos, ya sabés". Pero qué sabía en realidad doña Luisa, para qué hablar más. Ahora sí, ya era tarde, después de dejarla en su dormitorio tendría que bajar hasta el almacén y desde ahí llamarlo a Lucero.

No encontró la campera azul que le gustaba ponerse de noche, anduvo mirando en los armarios del pasillo por si su madre la había colgado ahí, al final se puso un saco cualquiera porque hacía fresco. Antes de salir entró un momento en la pieza de Mecha, casi antes de verla en la penumbra sintió la pesadilla, el temblor de las manos, la habitante secreta resbalando bajo la piel. Las sirenas afuera otra vez, no debería salir hasta más tarde, pero entonces el almacén estaría cerrado y no podría telefonar. Bajo los párpados los ojos de Mecha giraban como si buscaran abrirse paso, mirarlo, volver de su lado. Le acaeció la frente con un dedo, tenía miedo de tocarla, de contribuir a la pesadilla con cualquier estímulo de fuera. Los ojos seguían girando en las órbitas y Lauro se apartó, no sabía por qué pero tenía cada vez más miedo, la idea de que Mecha pudiera alzar los párpados y mirarlo lo hizo echarse atrás. Si su padre se había ido a dormir podría telefonar desde la sala bajando la voz, pero el señor Botto seguía escuchando los comentarios del partido. "Sí, de eso hablan mucho", pensó Lauro. Se levantaría temprano para telefonarle a Lucero antes de ir a la facultad. De lejos vio a la enfermera que salía de su dormitorio llevando algo que brillaba, una jeringa de inyecciones o una cuchara.

Hasta el tiempo se mezclaba o se perdía en ese esperar continuo, con noches en vela o días de sueño para compensar, los parientes o amigos que llegaban en cualquier momento y se turnaban para distraer a doña Luisa o jugar al dominó con el señor Botto, una enfermera suplente porque la otra había tenido que irse por una semana de Buenos Aires, las tazas de café que nadie encontraba porque andaban desparramadas en todas las piezas, Lauro dándose una vuelta cuando podía y yéndose en cualquier momento, Raimondi que ya ni tocaba el timbre antes de entrar para la rutina de siempre, no se nota ningún cambio negativo, señor Botto, es un proceso en el que no se puede hacer más que sostenerla, le estoy reforzando la alimentación por sonda, hay que esperar. Pero es que sueña todo el tiempo, doctor, mírela, ya casi no descansa. No es eso, señora Luisa, usted se imagina que está soñando pero son reacciones físicas, es

difícil explicarle porque en estos casos hay otros factores, en fin, no crea que tiene conciencia de eso que parece un sueño, a lo mejor por ahí es buen síntoma tanta vitalidad y esos reflejos, créame que la estoy siguiendo de cerca, usted es la que tiene que descansar, señora Luisa, venga que le tome la presión.

A Lauro se le hacía cada vez más difícil volver a su casa con el viaje desde el centro y todo lo que pasaba en la facultad, pero más por su madre que por Mecha se aparecía a cualquier hora y se quedaba un rato, se enteraba de lo de siempre, charlaba con los viejos les inventaba temas de conversación para sacarlos un poco del agujero. Cada vez que se acercaba a la cama de Mecha era la misma sensación de contacto imposible, Mecha tan cerca y como llamándolo, los vagos signos de los dedos y esa mirada desde adentro, buscando salir, algo que seguía y seguía, un mensaje de prisionero a través de paredes de piel, su llamada insosteniblemente inútil. Por momentos lo ganaba la histeria, la seguridad de que Mecha lo reconocía más que a su madre o a la enfermera, que la pesadilla alcanzaba su peor instante cuando él estaba ahí mirándola, que era mejor irse en seguida puesto que no podía hacer nada, que hablarle era inútil, estúpido, querida, dejate de foder, querés, abrí de una vez los ojos y acababa con ese chiste barato, Mecha. Idiota, hermanita, hermanita, hasta cuándo nos vas a estar tomando el pelo, loca de mierda, pajarraca, mandá esa comedia al diablo y vení que tengo tanto que contarte, hermanita, no sabés nada de lo que pasa pero lo mismo te lo voy a contar, Mecha, porque no entendés nada te lo voy a contar. Todo pensado como en ráfagas de miedo, de querer aferrarse a Mecha, ni una palabra en voz alta porque la enfermera o doña Luisa no dejaban nunca sola a Mecha, y él ahí necesitando hablarle de tantas cosas, como Mecha a lo mejor estaba hablándole desde su lado, desde los ojos cerrados y los dedos que dibujaban letras inútiles en las sábanas.

Era jueves, no porque supieran ya en qué día estaban ni les importara pero la enfermera lo había mencionado mientras tomaban café en la cocina, el señor Botto se acordó de que había un noticioso especial, y doña Luisa que su hermana de Rosario había telefonado para decir que vendría el jueves o el viernes. Seguro que los exámenes ya empezaban para Lauro, había salido a las ocho sin despedirse, dejando un papelito en la sala, no estaba seguro de volver para la cena, que no lo esperaran por las dudas. No vino para la cena, la enfermera consiguió por una vez que doña Luisa se fuera temprano a descansar, el señor Botto se había asomado a la ventana de la sala después del telejuego, se oían ráfagas de ametralladora por el lado de Plaza Irlanda, de pronto la calma, casi demasiada, ni siquiera un patrullero, mejor irse a dormir, esa mujer que había contestado a todas las preguntas del telejuego de las diez era un fenómeno, lo que sabía de historia antigua, casi como si estuviera viviendo en la época de Julio César, al final la cultura daba más plata que ser martillero público. Nadie se enteró de que la puerta no iba a abrirse en toda la noche, que Lauro no estaba de vuelta en su pieza, por la mañana pensaron que descansaba todavía después de algún examen o que estudiaba antes del desayuno, solamente a las diez se dieron cuenta de que no estaba. "No te hagas problema", dijo el señor Botto, "seguro que se quedó festejando algo con los amigos". Para doña Luisa era la hora de ayudarla a la enfermera a lavar y cambiar a Mecha, el agua templada y la colonia, algodones y sábanas, ya mediodía y Lauro no, pero es raro, Eduardo, cómo no telefonó por lo menos, nunca hizo eso, la vez de la fiesta de fin de curso llamó a las nueve, te acordás, tenía miedo de que nos preocupáramos y eso que era más chico. "El pibe andará loco con los exámenes", dijo el señor Botto, "vas a ver que llega de un



Julio Cortázar

momento a otro, siempre aparece para el noticioso de la una". Pero Lauro no estaba a la una, perdiéndose las noticias deportivas y el flash sobre otro atentado subversivo frustrado por la rápida intervención de las fuerzas del orden, nada nuevo, temperatura en paulatino descenso, lluvias en la zona cordillerana.

Eran más de las siete cuando la enfermera vino a buscar a doña Luisa que seguía telefoneando a los conocidos, el señor Botto esperaba que un comisario amigo lo llamara para ver si se había sabido algo, a cada minuto le pedía a doña Luisa que dejara la línea libre pero ella seguía buscando en el carnet y llamando a gente conocida, capaz que Lauro se había quedado en casa del tío Fernando o estaba de vuelta en la facultad para otro examen. "Dejá quieto el teléfono, por favor", pidió una vez más el señor Botto, "no te das cuenta de que a lo mejor el pibe está llamando justamente ahora y todo el tiempo le da ocupado, qué querés que haga desde un teléfono público, cuando no están rotos hay que dejarle el turno a los demás". La enfermera insistía y doña Luisa fue a ver a Mecha, de repente había empezado a mover la cabeza, cada tanto la giraba lentamente a un lado y al otro, había que arreglarle el pelo que le caía por la frente. Avisar en seguida al doctor Raimondi, difícil ubicarlo a fin de tarde pero a las nueve su mujer telefonó para decir que llegaría en seguida. "Va a ser difícil que pase", dijo la enfermera que volvía de la farmacia con una caja de inyecciones, "cerraron todo el barrio no se sabe por qué, oigan las sirenas". Apartándose apenas de Mecha que seguía moviendo la cabeza como en una lenta negativa obstinada, doña Luisa llamó al señor Botto, no, nadie sabía nada, seguro que el pibe tampoco podía pasar pero a Raimondi lo dejarían por la chapa de médico.

-No es eso, Eduardo, no es eso, seguro que le ha ocurrido algo, no puede ser que a esta hora sigamos sin saber nada, Lauro siempre....

-Mirá Luisa- dijo el señor Botto-, fijate cómo mueve la mano y también el brazo, primera vez que mueve el brazo, Luisa, a lo mejor...

-Pero si es peor que antes, Eduardo, no te das cuenta de que sigue con las alucinaciones, que se está como defendiendo de... Hágale algo, Rosa, no la deje así, yo voy a llamar a los Romero que a lo mejor tienen noticias, la chica estudiaba con Lauro, por favor póngale una inyección, Rosa, ya vuelvo, o mejor llámale vos, Eduardo, preguntales, andá en seguida.

En la sala el señor Botto empezó a discar y se paró, colgó el tubo. Capaz que justamente Lauro, que iban a saber los Romero de Lauro, mejor esperar otro poco. Raimondi no llegaba, lo habrían atajado en la esquina, estaría dando explicaciones, Rosa no podía darle otra inyección a Mecha, era un calmante demasiado fuerte, mejor esperar hasta que llegara el doctor. Inclínala sobre Mecha apartándole el pelo que le tapaba los ojos inútiles, doña Luisa empezó a tambalearse, Rosa tuvo el tiempo justo para acercarle una silla, ayudarla a sentarse como un peso muerto. La sirena crecía viniendo del lado de Gaona cuando Mecha abrió los párpados, los ojos velados por la tela que se había ido depositando durante semanas se fijaron en un punto del cielo raso, derivaron lentamente hasta la cara de doña Luisa que gritaba, que se apretaba el pecho con las manos y gritaba. Rosa luchó por alejarla, empujando la silla

con las piernas y pidiéndole que se calmara, llamando al señor Botto que llegaba y se quedaba inmóvil a los pies de la cama mirando a Mecha, todo como concentrado en los ojos de Mecha que pasaban ahora de doña Luisa al señor Botto, las manos de Mecha subiendo lentamente por la cintura, resbalando para encontrarse en lo alto, el cuerpo estremeciéndose en un espasmo porque acaso sus oídos escuchaban ahora la multiplicación de las sirenas, los golpes en la puerta que hacían temblar la casa, los gritos de mando y el crujido de la madera astillándose después de la ráfaga de ametralladora, el envión de los cuerpos entrando en un solo golpe, todo como a tiempo para el despertar de Mecha, todo como para que terminara la pesadilla y Mecha pudiera volver por fin a la realidad, a la hermosa vida.

Julio Cortázar

CONCEPTOS Por J. REST

Trovadoresca

Término derivado del verbo *trobar*, que en lengua provenzal significa "discurrir", "inventar". Se lo utilizó para designar una escuela poética que floreció en el sur de Francia durante los siglos XII y XIII, entre cuyos integrantes se contaba Guillermo de Aquitania, considerado fundador del movimiento hacia el año 1100. Los poemas trovadorescos eran concebidos para ser cantados y generalmente el autor se encargaba de la letra y de la música. En su mayoría eran canciones amorosas que pueden inscribirse en la tradición ovidiana de la Edad Media: la tendencia natural de quienes las cultivaron los llevó hacia una poesía rígidamente codificada tanto con respecto a las circunstancias sociales cuanto a los temas, giros, formas de expo-



sición y metros utilizados. El tratamiento de la amada era de típico corte feudal y sugería la relación de un vasallo (el poeta) con su señor (la mujer elegida para celebrar). Se considera que la trovadoresca es la matriz original de la moderna poesía lírica occidental o, por lo menos, que tuvo vasto ascendiente en el Renacimiento. Por otra parte, se sostiene que este fenómeno recibió el influjo de ciertas concepciones poéticas de los árabes, que éstos introdujeron en España. Otras hipótesis juzgan, en cambio, que la estructura del poema trovadoresco deriva de modelos proporcionados por la retórica latina medieval. Se estima que han sido conservados unos dos mil quinientos poemas, de unos cuatrocientos cincuenta autores. La cruzada contra la herejía albigense que promovió el papa Inocencio III, a comienzos del siglo XIII, quizá fue una de las principales causas de la decadencia trovadoresca, por cuanto la región en que estas composiciones florecieron fue totalmente asolada. Ecos del movimiento se registran en el norte de Francia (*trouvères*), en Alemania (*Minnesang*), en la lírica siciliana y en autores aislados ingleses; también tuvo enorme gravitación en Dante y en los poetas florentinos de su tiempo. La importancia de los trovadores es enfatizada no sólo por los eruditos actuales sino también por ciertas figuras prominentes de la poesía contemporánea, como Ezra Pound y T. S. Eliot.

ENRIQUE LUIS REVOL

APUNTES SOBRE POETAS

Ezra Pound

Nacido en Idaho, en 1885, tres años mayor que T. S. Eliot, Ezra Pound es sin lugar a dudas el orientador de éste en los momentos culminantes de su período formativo —así como el mentor o el descubridor de tantas otras personalidades eminentes de la literatura contemporánea escrita en inglés a uno y otro lado del Atlántico.

En 1921, con las tijeras y el engrudo de su crítica enérgica, de su gusto casi infalible (al menos para juzgar la producción ajena) convierte a "La tierra devastada", del "caótico poema dos veces más largo" que era inicialmente, según confiesa su propio autor, en lo que hasta hoy es y por cierto seguirá siendo siempre, a saber, la obra maestra de T. S. E. y una de las principales claves para la comprensión imaginativa del mundo moderno.

Pound es, ante todo, por lo tanto, un maestro y un crítico de poesía. A una generación de británicos y norteamericanos fascinados todavía por la exuberante versificación de Swinburne, les enseña —cierto es que siguiendo en esto a su amigo Ford Madox Ford, hoy tan injustamente olvidado— que "la poesía debe estar por lo menos tan bien escrita como la prosa". Incorpora al gusto angloamericano las innovaciones de los poetas franceses simbolistas, sobre todo las de Corbière y Laforgue. Redescubre los clásicos grecolatinos al lector de buen gusto que no podía soportar las resacas versiones académicas exigidas en la enseñanza universitaria; y, a veces, él mismo traduce en versos luminosos (aunque a veces un poco infieles a los originales) a Homero, Ovidio o Propertio, haciéndolos modernísimos y, por consiguiente, de siempre para el gusto actual.

"Il miglior fabbro" le llama T. S. E., al dedicarle "The Waste Land"; y es suficiente recordar sus traducciones, eximias al menos como traslados a verso inglés y a la sensibilidad de hoy, para reconocer lo ajustado de este nombramiento. Pero, por mucho mérito que como artefacto de la métrica y del arte de traducir tenga Pound, no es posible, pese a lo que han dicho ciertos críticos notoriamente eruditos (aunque, por desgracia, exentos de inteligencia igualmente notoria), reducir todo su importancia a esos aspectos de su talento. Pound no puede, acaso, figurar entre los mayores poetas de este siglo, al lado de esos muy pocos —uno piensa en Yeats, St. John-Perse o Dylan Thomas— cuyos versos constituyen uno de los rarísimos factores que ante el futuro podrán redimirnos, a nosotros los contemporáneos de tantísima crueldad y de no menos tosquedad.

En uno de sus primeros ensayos críticos —que forma parte de su libro *The Spirit of Romance*, publicado en 1910—, a propósito de François Villon, el gran poeta vagatundo del siglo XV, Pound escribe que no se trata "de un teórico" sino "de un hecho objetivo". Ahora bien, en el caso de Pound, por más que el teórico que hay casi siempre en él ha dañado más de una vez su fuerza creadora, también se trata de un hecho objetivo, quiero decir, Pound es esencialmente un poeta. Es un poeta entusiasta cuyos versos contienen tantas impurezas e igualmente tantas excelencias como los de Walt Whitman, pongo por caso; y cuyo entusiasmo por la Provenza medieval o por la filosofía de Kung-Tse o las exageraciones etnológicas de Leo Frobenius hace dignamente "pendant" a aquellos grandes y contagiosos entusiasmos whitmanianos frente a la naturaleza y la naturalidad, el progreso técnico y la convivencia democrática. Pero, conviene tener presente que este entusiasmo poético de Ezra Pound asume sobre todo la forma de crítica. Como lo ha visto uno de sus muy pocos estudiosos realmente sagaces —me refiero al poeta y crítico norteamericano John Berryman— el tema peculiar de Pound es la vida del poeta, en general del creador artístico, en el mundo moderno; y tal vida —como todos ya lo sabemos hasta la saciedad— no es por lo común muy pródiga en halagos.

Cae, pues, por su propio peso que este creador genuino que es Ezra Pound llegaría, una y otra vez, llevado por el espíritu de invectiva, a hacer callar en sí "la verdadera voz del sentimiento" para que se manifestara, mediante sus teorías algunas veces muy poco afortunadas (sobre todo en la esfera política), su censura al mundo moderno. Pero, ¿acaso un poeta auténtico escribe solamente para sus contemporáneos? ¿No verán, de aquí a unas generaciones, uno de los principales méritos proplamente poéticos de Pound en su afición a las teorías, en su capacidad de enérgico para criticar el mundo circundante?



Fragmento de un grabado de Cartari, realizado en 1571.

Narrativa

DINO BUZZATI

Una gota

Una gota de agua sube por los peldaños de la escalera. ¿La oyes? Tendido en mi cama, en la oscuridad, escucho su secreto viaje. ¿Cómo hace? ¿Salta? Tic, tic, se oye con intermitencias. Después la gota se detiene, y suele no dar señales de vida por todo el resto de la noche. Sin embargo, sube. De escalón en escalón va subiendo, a diferencia de las otras gotas que caen perpendicularmente, obedeciendo la ley de gravedad, y al final hacen un pequeño chasquido, muy conocido en todo el mundo. Esta no: poco a poco va subiendo la espiral de la escalera letra E del vastísimo inquilinato.

No hemos sido nosotros, adultos, refinados, sensibilísimos, quienes la hemos descubierto. Ha sido una mucamita del primer piso, pálida, pequeña criatura ignorante. Lo advirtió una noche, muy tarde, cuando todos se habían ido ya a dormir. Al cabo de un rato no pudo contenerse, dejó la cama y corrió a despertar a la patrona.

—¡Señora —susurró—, señora!

—¿Qué pasa? —dijo la patrona despertándose—. ¿Qué sucede?

—Hay una gota, señora, una gota que viene subiendo las escaleras.

—¿Qué? —preguntó aturdida la otra.

—¡Una gota que sube los peldaños! —repitió la mucamita, y casi se puso a llorar.

—Anda, anda —maldijo la patrona—, ¿estás loca? Vuelve a la cama, vuelve a tu cama, march! Has bebido, ésa es la cuestión, desvergonzada. ¡Hace rato que siempre falta vino a la mañana en la botella! Cretina asquerosa, si crees...

Pero la muchachita había huido, ya estaba agazapada bajo las mantas.

"Vaya a saber que se le habrá ocurrido a esa estúpida", pensaba luego la patrona, en silencio, habiendo ya perdido el sueño. Y escuchando involuntariamente la noche que dominaba al mundo, también ella oyó el extraño sonido. Una gota subía las escaleras, positivamente.

Celosa del orden, por un instante la señora pensó en salir a ver. Pero ¿qué habría podido encontrar a la miserable luz de las lamparitas ennegrecidas que colgaban de la baranda? ¿Cómo hallar una gota en plena noche, con ese frío, en los peldaños tenebrosos?

En los días siguientes, el rumor se esparció lentamente de familia en familia y ahora ya lo saben todos en la casa, aun cuando prefieren no hablar, como si fuera una necesidad de la cual avergonzarse. Ahora, muchos oídos permanecen tensos, en la oscuridad, cuando cae la noche para oprimir al género humano. Y hay quien piensa en una cosa, hay quien piensa en otra.

Algunas noches, la gota calla. Otras veces, en cambio, por muchas horas no hace más que desplazarse, arriba, arriba, se diría que nunca va a detenerse. Laten fuerte los corazones cuando el suave paso parece tocar el umbral. Menos mal, no se detuvo. Oigan, que se aleja, tic, tic, encaminándose hacia el piso de arriba.

Dino Buzzati nació en Belluno, Italia, en 1906 y murió en Milán en 1972. Su primera obra fue *Barnabo delle montagne*, para continuar con *El secreto del bosque viejo*, *El desierto de los tártaros*, *Los siete mensajeros*, *Mi cuento* y obras de teatro. Hacia el final de su vida, se dedicó a la pintura.

Sé sin lugar a dudas que los inquilinos del entresuelo creen estar ya al resguardo. La gota —creen ellos— ya pasó delante de sus puertas y no tendrá ocasión de molestarlos; otros, por ejemplo yo que estoy en el sexto piso, tienen ahora motivo de inquietud, ellos ya no. Pero ¿quién les dice que en las próximas noches la gota reemprenderá el viaje desde el punto a donde había llegado, o en cambio no recomenzará desde el principio su camino, iniciando el trayecto desde los primeros peldaños, húmedos siempre, ennegrecidos por la basura acumulada? No, ni siquiera ellos pueden considerarse seguros.

A la mañana, saliendo de casa, se mira con atención la escalera por si quedó algún rastro. Como era previsible, nada, ni la más pequeña señal.

A la mañana, por otra parte, ¿quién sigue tomando en serio esta historia? Al sol de la mañana el hombre es fuerte, es un león, aunque pocas horas antes se acobardara.

¿O acaso los del entresuelo tendrán razón? Nosotros, que al principio no oíamos nada y que nos considerábamos inmunes, desde hace algunas noches también oímos algo. La gota está todavía lejos, es verdad. Mas nosotros solo llega un repiqueteo levisimo, eco triste a través de los muros. Sin embargo, es señal de que está subiendo y de que se aproxima cada vez más.

Ni siquiera sirve dormir en una pieza interna, alejada de la espiral de la escalera. Más vale oír ese ruido, antes que pasar las noches en la duda de si está o no. Quien habita en esas habitaciones recónditas a veces no logra resistir, se desliza en silencio por los corredores y se queda inmóvil en la antecámara, detrás de la puerta, con la respiración contenida, escuchando. Si la oye, ya no se atreve a alejarse, esclavo de indescifrables miedos. Mucho peor es cuando todo está tranquilo: en este caso ¿cómo excluir que, apenas vuelto a acostarse, justamente entonces, comience el ruido?

Qué extraña vida, pues. Y no poder reclamar, intentar soluciones ni encontrar una explicación que levante los ánimos. Y no poder ni siquiera persuadir a los otros, los de las otras casas que no lo saben. Pero ¿qué puede ser esta gota —preguntan con exasperante buena fe—; acaso un ratón? ¿Un sapito salido de los sótanos? No, por cierto.

Y entonces —insisten— ¿será acaso una alegoría? ¿Se pretende, digamos, simbolizar a la muerte? ¿O algún peligro? ¿O el paso de los años? Nada, señores, nada: es simplemente una gota, solo que sube las escaleras.

O más sutilmente ¿se pretende representar los sueños y las quimeras? ¿Las tierras imaginadas y lejanas donde se presume que está la felicidad? ¿Algo poético, en suma? No, en absoluto.

¿O bien lugares más lejanos aún, en el confín del mundo, a los cuales nunca llegaremos? Pero no, les digo, no es una broma, no hay doble sentido, se trata ¡ay! precisamente de una gota de agua que, según se puede presumir, de noche sube las escaleras. Tic, tic, misteriosamente, de peldaño en peldaño. Y por eso se tiene miedo.



SERGIO STOCCHERO

BALADA DE MAYO AMARILLO

Vivan! vivan! los pájaros en vuelo
vivan! vivan! todas las criaturas bajo el solcito de mayo
cantaba AnaLuz

mientras acariciaba un amor que le hacía cosquillas
en la nuca bañada de oro

vivan! vivan! cantaba
y sus ojos

en representación del sano oficio de soñar
se extraviaban en la distancia o infinito o
mundos a conquistar

cuando el río le traía el olor de tanta siesta

vivan! vivan! mon amour! cantaba
y entraba en una especie de felicidad
como luna como rocío
en mitad de la tarde

"oh gigante cara de cielo" empezó
a decir l (un) pajarito en sus pechos

"oh tanta eternidá"
mientras temblaba palpitaba se ponía niña
pura inocente

"oh love my love"
y sus manos pajararon con furia en las de quién
se repartía por su piel
como un tibio violín temblor o mitá
ya para siempre
para siempre siempre

EDITA

INEDITA

ESTA REVISTA ES ABSOLUTAMENTE GRATUITA.

Dirección Nacional del Derecho de Autor

Expediente N° 132258

y no aguaysal no penas no silencio sino
polen niños corazones en silencio
o cualquier otra ternura como ser una calor rubí
crecieron en sus ojos como flautas otoñales y...
vivan vivan vivan!

las líneas invisibles las estaciones del alma
la desnudez de la retama en flor

La Lanza. Lanza

los colores del deseo

vivan vivan!

"oh amore mio" cantaba en su eterna libertad
y empezó a ver las cosas al revés
verdaderamente bellas por primera vez y

dio su durazno dulces jugos
marítimas ternuras hasta el cielo de altas

así fue que AnaLuz amó

gozó cantó sobre las ruinas del mundo

voló

y nunca más se apagará nunca más se apagará
porque encontró la luz o luz o

luz

la luz luz

la sol.



Nota curricular: Poemas extraídos de "Cuatro Baladas"
(1986) — S. Stocchero nació en Villa María, publicó anteriormente, entre otros, "Los pequeños monstruos"
(1985).

inéditos



POEMA

*Una mujer morena
monta el caballo de crines blancas
seda negra sus bridas
Negros los ojos
triste la boca
Galopan juntos
abren los vientos del norte
Al sur algarrobos granados
un pueblo el sur.*

POEMA

*Le temo a mis criaturas
Al mundo que invento
A la sombra de otro mundo
No a los dioses
los demonios
la muerte
No
A mis criaturas les temo
Mundo inventado
sombra de mi mundo
Le temo a la locura.*

POEMA

*Te recuerdo descalza
en los algarrobos
mascando despacio
las chauchas fibrosas
o en el granado viejo
desgranando apenas
las granadas rojas.*

**María Elena Boglio
VILLA MARIA**

Poesía Inédita

INESPERADA LLUVIA

Inesperada lluvia...
Los ojos vueltos a los cuatro rumbos
sin recoger las nubes
cuajándose en frescura transparente.
(Con todo, debo confesar un aura
acariciando insólitas esperas).
De pronto sobre el campo recorrido
por esta procesión de mi entusiasmo,
la aridez de los surcos otoñales
se quiebra.

¡Qué tensión maravillosa!

Inesperada lluvia,
Remuévese el guadal
y con las gotas
cobran vida las gemas de una alada
primavera de luz...
y de poemas.

La sangre
pone su dosis en la piel,
y una imagen flotando desde entonces
permanece adherida
al fervor de esta lluvia inesperada.

Oscar Guñazú Álvarez
VILLA DOLORES (Córdoba)



PABLO MONTANARO

A Grabiela M.

Quisiera
recordar la hora del fuego
y danzar en un solo movimiento
mutilar tu despiadada noche:
cuando el Infierno se apodere del amor
la mujer
entregará a los dioses la urgencia de una sentencia
lanzada desde su memoria terrenal.

La noche es perfecta
y me preparo a disputarla
desde los aposentos
del deseo.

La sangre se huela
un hechizo trastabilla
pero siempre transita cerca.
Elevo un himno
para suprimir
todo lo que se dice de ella, y su sombra se desfigura
de tan visible.

Creí

en la plegaria
hasta que tu mano escribió
el nuevo destino: "por encima de uno mismo".



Vehemencia
vandalismo del vanidoso
valentonado vaivén

vano vaticinio
válido vegetal
veredicto, la veracidad de tu voz

Ves
la vía victiosa,
versatilidad
víctima
villano
el vil volcar para vivificar el vocablo

Es vulgar pero viril
es voluntarioso, virtuoso
pero virgen.
La vergüenza al volar el velo:
venganza ante la veneración.

Pablo J. Montanaro: Nació en Buenos Aires el 3 de julio de 1964. Integró la "Segunda Antología Poesía Joven Argentina 1987" (Cooperativa Editora Hombre Nuevo). Publicó "El fin vendrá a su tiempo" —poemas— (Editorial Amaru, 1988). Actualmente es director de la revista ENTRE-NOS

JUAN A. FIORANI

UN DIA DE JOSE

Cuando José abrió los ojos ya la luz penetraba por el roto postigo del ventanuco.

Moviéndose con cuidado para no despertarla observó a su madre que dormía apaciblemente al otro lado de la cama. Tenía el rostro hundido contra la almohada, los cabellos desparramados. La noche anterior debió venir muy tarde. El no la oyó llegar.

José remoloneó un instante, pero pronto comenzó a vestirse. Tanteó hasta encontrar su camisa y su pantalón, caídos en el suelo y, siempre con cuidado, se puso en pie para ponérselos. Después buscó las zapatillas, ocultas bajo unos papeles.

Salió. Afuera crecía la mañana. El sol, alto sobre el río, llenaba de claridad a los sauces de la ribera y convocaba el griterío de los pájaros.

Ruidosamente se lavó en una palangana colocada encima de algunos ladrillos. Luego volvió a entrar, regresando con los útiles para lustrar y un pedazo de pan. Lo comió despacio, observando a don Epifanio y a su hijo Andrés marchar con la pala buey hacia el agua, azuzando al flaco caballito que la arrastraba.

— Te has levantado temprano, José — le dijo don Epifanio cuando pasaron delante de él.

— Lo... hago siempre — respondió con la boca llena.

— ¿Y tu vieja? ¿Duerme? — preguntó Andrés.

— Sí.

Los hombres rieron mientras se alejaban.

José se sacudió las migas caídas en la camisa y, alzando su equipo, tomó una senda que conducía al puente carretero. Le gustaba cruzarlo pausadamente, deteniéndose a veces para sentir el leve temblor, la pequeña oscilación del monstruo subiendo por sus piernas.

Cruzó ante la garita policial. El cabo Juárez estaba de guardia.

— Adiós, don Juárez — saludó

— Chau, José.

Ya se iba cuando el uniformado lo llamó:

— Vení, José.

Desandando camino se acercó a la garita. Juárez lo miró desde su estatura.

— Decime: ¿vos no anduviste embromando el domingo en el balneario con tus amigos?

— No. ¿Por qué? — se asombró.

— Tené cuidado — advirtió el policía — A dos bañistas varios chicos le tiraron yuyos, basuras. Hubo denuncia. Por las señas que dieron, me parece que uno eras vos.

— ¡Avisé, cabo; estuve laburando todo el día!

Reanudó la marcha, silbando. ¡Don Juárez; buen tipo, pero chinchudo! ¿Dónde comenzaría? A esa hora lo mejor era arrimarse a la estación de ómnibus. Entre los viajeros madrugadores encontraría clientes. Además, hasta las nueve no llegaban Alberti y Panida, los autorizados para atender allí. Pero antes recorrió las nuevas tribunas construídas por España. Pasando a tra-

vés de un hueco en el alambre tejido que perimetraba la cancha — ¿cuándo lo arreglarían? — se paseó entre las gruesas columnas de cemento, alzando admirativamente su cabeza. ¡La pucha, se verían lindo los partidos ahora!

En la terminal no quedó ocioso. Precisamente acababa de lustrar a un petizo elegantón cuando la rabiosa voz le hirió los oídos:

— ¡Cuántas veces te hemos dicho, carajo, que acá no podés estar!

Resignado, sin mirar a Panida, recibió el importe y abandonó el lugar.

Caminó a lo largo de un arroyo cercano, contemplando el suave andar de la corriente. Seguro hay diestros, pensó. Le hubiera gustado tener una caña, sentarse en la orilla y pescar tranquilo, sin ser molestado por nadie.

Rumbeó hacia el centro. Iría hasta la parada del viejo Andotti. El gringo solía dejarlo trabajar con él. Medio tullido, prefería descansar acomodado en su sillín, permitiéndole recorrer los alrededores buscando candidatos. Salvo que estuviera borracho. Entonces era intratable.

Lo recibió con un gruñido:

— Llegás tarde, chico.

Suerte: permanecía fresco.

— Estuve en la terminal — informó.

— ¡Ah, con los cornutos de ahí!

— Me echaron.

— Claro, claro que te echaron. Son unos mascalzone.

Con el devenir de las horas un calor duro y brillante se posesionó del día. En dos ocasiones cambiaron de lugar buscando la sombra. Hicieron pocos servicios. La gente no se detenía, apresurada. Andotti sacó una botella de su bolso y comenzó a beber. Tomaba largos tragos, lentos. José, curioso, observaba cómo la peludamez de adán del anciano subía y bajaba rítmicamente. Después, apoyándose contra la pared, Andotti cerró los ojos y quedó sumido en un espeso sopor.

José también se sentía laxo, sin ganas de hacer nada. Para animarse comenzó a patear un trozo de ladrillo.

¡Decá de coder! — barbotó repentinamente el italiano, sin levantar los párpados.

Encogiéndose de hombros, el chico obedeció. Se puso a contemplar los árboles. Si hubiera traído una honda...

Estaba aburrido. Tenía hambre, por otra parte. Se fue sin despedirse. En un almacén compró pan, mortadela y una gaseosa. Comió bajo un pino. Cuando terminó se recostó sobre el pasto, intentando dormir. Pero ciertos ruidos lo arrancaron de su duermevela. Varios muchachos comenzaban a jugar al fútbol en un baldío vecino. Rápidamente se incorporó. Marcados los arcos con ropas, el picado transcurría entre gritos y polvo. José quedó admirado: ¡Usaban una número cinco!

Luego de campanear las acciones, se animó a solicitar a uno de los arqueros:

— ¿Me dejan entrar? Soy bueno adelante.

— Estamos completos, che.

Desilusionado, José volvió a la parada. Andotti ya se había ido.

La tarde transcurrió pesada, despaciosa. Sin embargo, trabajó más que a la mañana. Cumplía su labor eficientemente. Inclinada la cabeza de revueltos cabellos negros, su lengua asomando entre los labios gruesos, frotaba y pulía sin descanso, hasta que los zapatos quedaban impecables. El suyo era un mundo de pies y cuero. Los clientes miraban pasar a las mujeres, leían un diario o alguna revista, e incluso no faltaba quien, abstraído, fijaba la mirada en un punto distante. Pocos, le dirigían ocasionales frases que él contestaba pensando en otra cosa.

Al atardecer hizo el recuento de lo ganado. Suficiente. Podía regresar a la villa. Volvió con paso tardo. Tenía ganas de ver a su madre. Y darse un baño en el río.

Cuando llegó a la vivienda y quiso entrar encontró la puerta cerrada. Adentro, empero, se oían crugidos, murmullos que cesaron al mover José el picaporte.

El muchachito no insistió, yendo a sentarse sobre un banquito ubicado en el patio, próximo a la bomba. Rato después la hoja se abrió apareciendo un desconocido, prendiéndose la bragueta. El hombre lo miró con una titubeante sonrisa. Quedó parado en el umbral, como si no supiera bien qué hacer.

— Chau, fiato — dijo por fin, encaminándose hacia la calle.

José lo contempló alejarse en silencio, sus ojos muy abiertos.

Juan A. Floriani
Río Cuarto (Cba.)

JUAN A. FLORIANI
vive en la ciudad de Río Cuarto, en la
Provincia de Córdoba (República
Argentina), ha sido Presidente de la
Sociedad Argentina de Escritores de su
ciudad (y también Miembro Titular de
su Consejo Consultivo Federal).

Ha publicado los siguientes libros:

"Los Esperanzados" (novela)

"Cuentos de Sangre y Aurora"

"La Invasión" (cuentos)

"El Tiempo y la Aventura" (cuentos)

"De Fervores Y Ausencias" (cuentos)

"Aquí" (cuentos)

"Hojas de Poesía"

Fábulas

¿PARA QUE ADULAR?

Un hombre rico y un hombre pobre
tenían la siguiente conversación:

— Si yo te diera el veinte por ciento
de todo el oro que poseo, ¿me adularías? — le preguntó el primero.

— El reparto sería demasiado desigual
para que tú merecieras cumplidos
— contestó el segundo.

— ¿Y si yo te diera la mitad de mi
fortuna?

— Entonces seríamos iguales; ¿con
qué fin halagarte?

— ¿Y si yo te lo diera todo?

— En ese caso, ¿no veo qué necesidad
tendría de adularte!

Al Tai Wai Yu!

1 For Tou Pen-chiu de la dinastía Ming (1368-
1644).

Extraído de "Fábulas Chinas" Selección de
Wei Chin-chi — Ediciones Adiax — 1979.

AUSPICIOS

* FARMACIA URIBE

9 de Julio 242 - Tel. 43105 - 5000 Córdoba

* SAN HUBERTO - Armería y Cuchillería - Caza Mayor y Menor

Entre Ríos 1025 - Tel. 22453 - Villa María

* JOYERIA KELO

San Martín 48 - Tel. 21765 - 5900 Villa María

* QUINTAL S.A.

Av. Carranza 600 - Tel. (0535) 51018/51166/51039 - Villa Nueva

* ESTUDIO CONTABLE ROSSA

Mendoza 666 - Tel. 23252 - 5900 Villa María

* EL PIOJO - Libros y Revistas Usados

Buenos Aires 1158 - 5900 Villa María

* CARLOS GROSSO y CIA. S.A. - Distribuidores Mayoristas - Papelería Comercial - Escolar - Computación Juguetería - Textos: Primarios - Secundarios - Terciarios - Literatura.

Casa Central: 9 de Julio 125 - Tel. 23355/20749 - Sucursal: San Martín y Corrientes - 5900 Villa María

